

Pragmática del lenguaje y filosofía analítica

Victoria Camps

Historia/Ciencia/Sociedad, 129
280 págs. 340 ptas.

"El libro de Victoria Camps... es un trabajo bien hecho. Sus adiciones filosóficas no son nunca banales, ni sus críticas filosóficas oportunistas. Un libro así revela que algo está cambiando en la filosofía de este país". (Javier Muguerza).

DE RECIENTE APARICION

Espacio y política

Henri Lefebvre

Historia/Ciencia/Sociedad, 128
160 págs. 210 ptas.

El autor de "El derecho a la ciudad" profundiza en los aspectos políticos y sociológicos de los problemas urbanísticos, para llegar a la conclusión de que cada vez se hace más patente que el espacio es también y esencialmente político.

La sociología como crítica social

T.B. Bottomore

Homo Sociologicus, 10
248 págs. 320 ptas.

Otro importante libro de este renombrado sociólogo, que establece nuevas fases intelectuales para fuerzas políticas radicales e igualitarias.

REEDICIONES

Teoría económica

Karl Marx

Historia/Ciencia/Sociedad, 11
3.ª edición 390 ptas.

Una antología de los escritos más representativos de Marx sobre las bases y las consecuencias del capitalismo.

Matanza en Soweto

LA UNION SUDAFRICANA: UNA BOMBA DE RELOJERIA

BAÑO de sangre en Sudáfrica. ¿Es la explosión final? Hasta ahora, parece que todavía prevalecen las capacidades armadas del poder blanco —la Policía, el Ejército— para sostener un semblante de orden público. En los disturbios del miércoles en Soweto se contaron 58 muertos, de los cuales 56 negros; 788 heridos, de los cuales 783 negros... Esto prueba el sentido de la represión, la urgencia y las medidas drásticas para intentar contener sin contemplaciones cualquier levantamiento. Pero prueba también que la muerte ya no es un muro de contención. En los disturbios posteriores, la proporción ha sido la misma y la tenacidad también. El pretexto: la imposición de un idioma —el afrikaans— para la enseñanza en las escuelas negras. Pero este motivo no es más que un caso más en la defensa contra la opresión. Las razones son más antiguas y más profundas. Simplemente, la opresión de un numeroso pueblo de esclavos por una minoría de semidioses blancos, con toda la riqueza, todo el poder. Y toda la soberbia del racismo como base legal de Estado.

Por ejemplo, el salario medio de un blanco oscila entre quince veces más que el de un negro, en las minas; a cinco veces más en otros empleos, a trabajo igual. Pero nunca es un trabajo igual: el blanco siempre tiene el mejor, el más cómodo, el más considerado. La renta por cabeza: índice de 429 para los blancos, de 39 para los negros. No es sólo un problema económico; es un sistema por el cual el negro nunca podrá traspasar el color de su piel. Está totalmente separado en escuelas, restaurantes, transportes públicos, hospitales; el matrimonio está prohibido entre las dos razas y las relaciones sexuales severamente castigadas. Las familias negras pueden ser separadas, los negros pueden ser obligados a cambiar de residencia. El "apartheid" fue un invento político que no sólo no resolvió el problema: lo endureció. La idea era la de que los negros dispusieran de sus propios territorios donde desarrollarse. Se les entregaron territorios improductivos y se les negaron los medios para el desarrollo. Soweto, la ciudad donde han estallado los disturbios, es un fruto del "apartheid". A veinte kilómetros de Johannesburgo, ciudad blanca y rica, debe contener una población negra de medio millón de personas. En la realidad viven más de dos millones: hacinados. De Soweto los negros van a trabajar a Johannesburgo: van cada día a ser explotados, y vuelven por la noche a su "ghetto" invivible, donde les esperan sus familias en condiciones infrahumanas.

Durante muchos años, los negros han estado oponiendo una especie de resistencia pacífica, que valió el Premio Nobel de la Paz a uno de entre ellos, Albert Luthuli —encarcelado, apaleado, finalmente muerto—; hace dieciséis años se produjeron los incidentes de Sharpeville, en los que la Policía ametralló a los manifestantes —pacíficos— negros y mató a 69 según las cifras oficiales, varios centenares según las de

los negros. Desde entonces cambió el signo de la resistencia, y ha ido creciendo con los últimos acontecimientos africanos: las descolonizaciones del África portuguesa —que formaba bloque con los blancos de Sudáfrica—, las guerrillas en Rhodesia. En los dieciséis años transcurridos después de la tragedia de Sharpeville, los blancos de Sudáfrica no han tomado medidas reales para acabar con el racismo o mejorar la situación. No pueden tomarlas: es una filosofía política, es un sistema económico. Hay poco más de tres millones de blancos repartiéndose las riquezas del país (70 por 100 del oro del mundo) frente a unos quince millones de otras razas (doce millones de negros bantús, más mestizos y asiáticos).

La cuestión del lenguaje impuesto, el afrikaans, no es indiferente desde un punto de vista político. Aparte de que es la lengua del poder (los blancos hablan afrikaans en un 60 por 100, inglés en un 40), es la lengua que no sirve como vehículo de cultura y de política libre. El inglés es el medio común de comunicación entre las tribus de distintos lenguajes y es el idioma de las emisoras extranjeras, de las revistas, de los libros. La decisión de implantar esa lengua en las escuelas en sustitución del inglés se ve como una decisión pa-

ra aumentar el aislamiento de los negros.

Que quizá se hubiesen sometido resignadamente hace unos años. Pero ahora hay unas nuevas esperanzas. Se las ha podido dar Angola, se las está dando la guerrilla rhodesiana.

Los dirigentes blancos de Sudáfrica no han aprendido bien la lección de lo que está pasando. No salen de su estrechez de miras, de su cierre a cualquier realidad. Todo el continente negro ha estado sometido hasta hace unos años al poder blanco con la misma o con más fuerza que la que ejerce el puñado blanco de Sudáfrica: con todas las armas de represión en la mano. Y, sin embargo, lo han perdido. Las matanzas y las guerras no han sido suficientes para contener las independencias. Sudáfrica es un residuo en esta amplia operación de recuperación de identidad del hombre negro —operación, desde luego, no terminada: está en otra fase de opresión— y es una bomba de relojería. Vergonzante o sorprendente, el Gobierno sudafricano está recibiendo la ayuda exterior, la ayuda occidental —de los Estados Unidos— para que se sostenga de alguna manera: su producción industrial —sobre todo el oro— y su situación estratégica son necesarias para Occidente. Esta ayuda está prolongando una situación en lugar de ayudar a buscar soluciones.

Pero Sudáfrica es una bomba de relojería. No se sabe en qué momento va a estallar, pero la explosión es segura. Como en Rhodesia. Tanques, aviones, ametralladoras no son elementos suficientes para contenerla. Es otra cosa, y esa otra cosa no se está produciendo.

Libano

UN ASESINATO DUDOSO

EL asesinato del embajador de los Estados Unidos en el Líbano, Francis Meloy, hizo pensar en una intervención inmediata de los americanos. Todavía no está descartada, a pesar de las seguridades de Kissinger. Probablemente el motivo esencial del asesinato era ese, más que el de un simple acto de lenguaje terrorista para demostrar que los "culpables" —Meloy ha conducido toda la política de represión de los palestinos y aliento a la derecha: muchos embajadores de Estados Unidos están haciendo ahora un trabajo extradiplomático— pagan siempre. La provocación podía estar hecha desde la misma CIA, para forzar al Gobierno de su país —como en algunas otras situaciones históricas— o por cualquier otra fuerza, incluyendo la extrema izquierda que prefiere una situación sansónica, que derrumbe las columnas del templo y produzca el máximo caos. La acusación y la identidad de los detenidos como supuestos autores del crimen va en este último sentido. Quedan sin aclarar algunas cosas: el recorrido del automóvil del embajador en el día en que fue asesinado se suponía como extremadamente secreto —iba a visitar al Presidente electo, Sarkis— y, al parecer, la escolta armada del embajador se retiró de improviso instantes antes de que el automóvil fuese asaltado y su ocupante secuestrado (y después muerto). Ello hace

sospechar que había complicidades más altas, y que si incluso el secuestro lo han cometido los terroristas de la extrema izquierda, éstos podrían ser agentes inconscientes de otras manos.

Por otra parte, se atribuye al embajador en los últimos días una cierta línea de acción que trataría de convencer a la izquierda libanesa de su conveniencia de negociar abandonando a los palestinos que se están convirtiendo en un Estado dentro del Estado, según dijo públicamente hace poco.

Esa política parece ir ganando algún terreno. La idea actual es la de celebrar una mesa redonda en París —la izquierda considera a Francia como neutral—, en la que participasen las dos fuerzas libanesas en presencia, los sirios y, si se consigue, los palestinos. El intento sería el de reducir a los palestinos a un simple estatuto de refugiados, sin armas y sin acción política de ninguna clase, y buscar de nuevo soluciones globales al conflicto: entre ellas, la retirada de Israel de alguno de los territorios ocupados y la concesión a los palestinos de alguna región árabe donde pudieran reconstruir su nacionalidad, pero lejos de la frontera con Israel.

Lógicamente, la solución del conflicto libanés sólo podría conseguirse mediante una solución general del problema de Oriente Medio. Pero no se llegará a nada válido que no sea una satisfacción suficiente para los palestinos.